

## LOS PUEBLOS INDÍGENAS A TREINTA AÑOS DE LA POLÍTICA DE POBLACIÓN

Tania CARRASCO\*

SUMARIO: I. *Antecedentes*. II. *Las estrategias de vida de los indígenas en las ciudades*. III. *Conclusión*. IV. *Bibliografía*.

### I. ANTECEDENTES

En la década de los noventa, en nuestro país, se presenta un notable incremento en el surgimiento y consolidación de organizaciones indígenas locales y regionales del más variado corte que reafirman su legitimidad de pensar, decidir y ejecutar sus propios programas de desarrollo, asumiendo desde una perspectiva propia lo que significa el desarrollo para ellos. De estas organizaciones surge un conjunto de planteamientos o demandas concretas y novedosas directamente vinculadas con las luchas de sus pueblos y regiones, no sólo en el aspecto económico y político, sino también cultural y sobre la identidad. El surgimiento de estas organizaciones no se circunscribe únicamente en los ambientes tradicionales donde los pueblos indígenas han recreado por siglos sus culturas, los espacios urbanos empiezan a convertirse en un terreno fértil para la formación de organizaciones para enfrentarse en mejores condiciones a los retos diarios de la vida en las ciudades. Constituyen también un instrumento para establecer relaciones con las instituciones oficiales, revalorar sus culturas de origen, a través de la interacción de las redes sociales, porque la participación en ellas atenúa la marginalidad y la exclusión social que muchos indígenas experimentan en las ciudades.

Este incremento y surgimiento de las organizaciones indígenas no se ha dado en el vacío, sino que va de la mano con los profundos

\* Antropóloga y especialista social, Dirección Regional para México y Colombia, Banco Mundial.

cambios económicos que ha experimentado México a partir de 1980, entre ellos, la crisis en el medio rural que ha fomentado la emigración fuera de las fronteras locales y regionales donde antes se reproducía la economía familiar campesina e indígena. Esta emigración, ahora, incursiona a nuevos destinos en el interior del país y a Estados Unidos de América e involucra tanto a hombres como a mujeres indígenas y a sus familias.

Usualmente, por la facilidad de manejar la información demográfica, se define a los pueblos indígenas por el idioma que hablan. Éste es un indicador útil pero también pobre, pues muchos grupos étnicos han perdido su idioma, pero no por eso dejan de identificarse con su raíz cultural, y de ser identificados así por el resto de la sociedad. El autoreconocimiento o autoadscripción como miembro de una comunidad indígena es entonces el factor determinante en la definición de lo indígena. La cultura representa la reproducción simbólica: ritos, idioma, matrimonio, las formas de vivir con una historia específica.

La definición de quienes son indígenas ha ocupado mucho espacio en el discurso académico, tanto que puede ser considerado como una pérdida de tiempo. Sin embargo, habría que aclarar algunos puntos. Los pueblos indígenas son diversos en cuanto a sus culturas, son el resultado de diferentes procesos históricos, y a través del tiempo han desarrollado sus propias estrategias de vida. Se encuentran en un proceso constante de transformación y de apropiación e invención de nuevos elementos. Aun cuando muchas lenguas y grupos han desaparecido, la población indígena lleva consigo el rastro de esas culturas perdidas.<sup>1</sup> Y son los pueblos indígenas quienes reconocen sus diferencias y las jerarquías entre sí. Cuando convertimos a los mayas, los nahuas, los triques o los zapotecos en “indígenas”, borramos sus propias historias y la diversidad cultural.

Un estudio reciente realizado por investigadores de la Universidad Nacional Autónoma de México en 1999, *Perfiles de los indígenas en las ciudades de México*, financiado por el Banco Mundial, se planteó comprender los patrones de adaptación de los indígenas que viven en las ciudades, sus problemas y sus oportunidades. Este estudio exploratorio analiza la situación de cinco grupos étnicos indígenas en tres centros urbanos de México: 1) Los mazahuas, otomíes y triques en

<sup>1</sup> Bonfil Batalla, Guillermo, *México Profundo. Reclaiming a Civilization*, trad. de Philip A. Dennis, Austin, University of Texas Press, 1996.

el Distrito Federal;<sup>2</sup> 2) Los mayas en la ciudad turística de Cancún, en Quintana Roo; y 3) Los zapotecos en el corredor de Coatzacoalcos-Minatitlán, en Veracruz. El estudio encontró que la situación que viven los inmigrantes indígenas urbanos en las ciudades seleccionadas son diversas. En algunos casos, el sistema social comunitario ha proporcionado una red de seguridad social que les ha permitido adecuarse a la ciudad y sobrevivir, pero aún no es evidente si dicha red de seguridad conduce a salir de la pobreza. Quienes buscan ascenso social parecen confiar más en la educación, en el uso de la lengua y la cultura dominante que en los vínculos tradicionales comunitarios.

En el censo del 2000, el INEGI identificó a miembros de los 62 grupos étnicos del país, que viven en la ciudad de México, cuyos patrones de asentamiento más reciente se desconocen. De los cinco grupos étnicos estudiados, los mazahuas, otomíes y triques conservan su idioma y cultura originales en mayor grado que los mayas y zapotecos. Éstos se concentran mayoritariamente en el sector informal como productores de artesanía, vendedores ambulantes o trabajadores de la construcción no calificados, como se puede apreciar en la tabla 1.

Tabla 1. El trabajo informal en los indígenas (porcentajes)

	Trabajo formal	Trabajo informal
Mazahuas	6.1	93.9
Otomíes	3.7	96.3
Triquis	12.9	87.1
Mayas	36.9	63.1
Zapotecos	40.8	59.2
Todas las etnias	21.8	78.2

NOTA: Esta tabla se construyó con la información de los 1051 cuestionarios individuales y sólo se clasificaron los 683 individuos que trabajan. Flores, Julia *et al.*

<sup>2</sup> Flores, Julia, *Perfiles de los indígenas en las ciudades de México*, Banco Mundial-Fideicomisos holandés y noruego, 1999. Véase en [www.ciesasitsmo.edu.mx](http://www.ciesasitsmo.edu.mx).

Los mayas de Cancún presentan una tabla muy distinta. Algunos inmigrantes han logrado la titulación de terrenos para vivienda y acceso a los servicios básicos, mientras que otros viven en entornos ilegales y marginales como consecuencia de su reciente llegada y no carecen de servicios de salud y educación básica. Como la economía en Cancún se concentra en un solo sector, el turístico, hay menos opciones sociales y económicas en comparación con los residentes mayas en las ciudades de la Península de Yucatán, como Mérida o Campeche. Respecto al corredor industrial Coatzacoalcos, la migración está vinculada a los patrones históricos del empleo industrial y muchos hogares de zapotecos son residentes urbanos estables por más de una generación. La tendencia de los trabajadores zapotecos en este sector industrial es el empleo formal o en negocios familiares administrados principalmente por las mujeres que viajan frecuentemente a sus pueblos para surtirse de alimentos propios de la región de Tehuantepec. Han alcanzado niveles relativamente altos de educación, buen acceso a servicios formales de salud y conforman una clase media apreciable. Como los encuestados zapotecos y mayas pierden el uso de la lengua en la segunda generación, lo más probable es que no sean visibles en las encuestas de los censos. En la tabla 2 se aprecia los niveles de educación en los cinco grupos.

La pérdida o retención de los elementos culturales (idioma, costumbres, vínculos con una comunidad de origen) que identifican a una persona como perteneciente a un grupo étnico indígena depende de muchos factores, pero especialmente del tipo de empleo y del nivel educativo. Mientras mayor sea la escolaridad e integración a la fuerza laboral formal, mayor será la tendencia a rechazar la cultura e identidad indígenas. En las entrevistas se afirmó abiertamente que la asimilación a la cultura dominante o la pérdida del idioma están directamente asociadas a la presión ejercida por la sociedad dominante y el entorno educativo. La minimización de los rasgos culturales distintivos se percibe benéfico para que los indígenas accedan a servicios regulares, mejoren su situación y contrarresten la discriminación percibida. Para aquellos empleados en el sector informal es más aceptable expresar las diferencias culturales en público. Estos migrantes asocian sus opciones de estilo de vida a los valores e identi-

Tabla 2. Niveles de escolaridad (porcentajes)

Pregunta de la encuesta: ¿cuál es el nivel de escolaridad más alto que ha terminado?							
	Ninguno	Algo de primaria	Primaria	Algo de secundaria	Secundaria	Nivel superior	Universidad o maestría
Mazahuas	22	24	25	9	15	4	0,6
Otomíes	45	30	12	4	7	2	0,0
Triquis	26	21	26	7	14	5	0,0
Mayas	9	27	16	6	21	19	2,0
Zapotecos	11	14	18	3	16	29	10,0
<i>Total</i>	<i>18</i>	<i>22</i>	<i>19</i>	<i>6</i>	<i>16</i>	<i>15</i>	<i>4,0</i>

FUENTE: Encuesta en hogares, Flores, *et al.* (n=2.706 respuestas).

NOTAS: La categoría de “nivel superior” incluye estudios de preparatoria, bachillerato y grados regulares. La encuesta a hogares recolectó datos de 859 hogares y 4,291 habitantes de los hogares analizados. De este grupo, 2,706 de los entrevistados tenían 15 años de edad o más y se incluyen en esta tabla.

dad indígenas, incluyendo la recreación, estrategias reproductivas y de ascenso social que se definan más culturalmente.

El estudio corrobora que la identidad está asociada a la pertenencia a una comunidad específica, perteneciente a un grupo étnico, mas no a una categoría analítica genérica. Se basa en una serie de características interrelacionadas, cuyo elemento esencial es que uno de los progenitores sea indígena, entre otras características, sin que ninguna sea definitoria, como se puede observar en la tabla 3. Los hijos con un solo progenitor indígena siguen siendo considerados indígenas por sus pares a excepción de los mayas que se consideran a sí mismos indígenas aunque no usen ni sepan su idioma nativo.

En otro orden de ideas. La política de población en México ha podido avanzar favorecida por una voluntad política, durante las tres últimas décadas. Puede decirse que existe una evidente toma de conciencia de las implicaciones que plantea el acelerado crecimiento demográfico y su distribución desigual en el espacio nacional. Esta toma de conciencia no sólo se ha visto legitimada por las instituciones encargadas de aplicar acciones tendentes a orientar a la población en los temas relativos al crecimiento poblacional, sino también por los estudios generales de carácter sociodemográfico manifestado de múltiples formas.

Asimismo, la identificación de los grupos blanco claves considerados como prioritarios avanza cada vez en términos generales, pero todavía los programas funcionan con base en sectores mayoritarios de la población, más que a grupos específicos. Quizá por falta de información objetiva, mala calidad de los datos, falta de estrategias adecuadas o ausencia de una evaluación adecuada de los llamados grupos blanco. Sin embargo, se puede decir que hay conciencia de esta problemática referida a sectores como la población indígena, poblaciones que viven en localidades dispersas o bien sobre los migrantes indocumentados, pero la mayor parte de estos esfuerzos aun no han podido constituirse como investigaciones suficientes que subsanen la carencia de información, que permita definir políticas que atiendan a estos sectores, donde se concentra la extrema pobreza y la exclusión social, y en caso de los indígenas que viven en las áreas rurales con altos índices de fecundidad.

Tabla 3. La identificación “indígena” (porcentajes)

Pregunta de la encuesta: ¿de las siguientes personas, cuáles diría usted que son indígenas?			
<i>Respuestas</i>	<i>Sí</i>	<i>No</i>	<i>No contestó</i>
Cuando el padre es indígena y la madre no lo es	66	25	9
Cuando la madre es indígena y el padre no lo es	64	27	9
La persona nació en una comunidad indígena y habla una lengua indígena	92	5	3
La persona nació en una comunidad indígena, pero no habla una lengua indígena	79	17	4
La persona habla una lengua indígena	71	25	4
La persona sigue tradiciones indígenas, pero no habla una lengua indígena	73	21	6
Los padres son indígenas y el hijo no habla una lengua indígena	74	22	4

FUENTE: Encuesta de Opinión, J. Flores (n= 1,051 respuestas).

Aún cuando no existen evidencias cuantitativas sobre la creciente migración de los indígenas hacia los centros urbanos y su tendencia a residir en las ciudades, estudios de caso y diagnósticos rápidos realizados por las diversas instituciones gubernamentales y académicas, identifican en los pueblos y comunidades indígenas con baja demanda de población escolar, lo que permite inferir que el abandono del campo se orienta en buscar residencias fijas en los centros urbanos. Lo anterior, si bien obliga a considerar la dimensión étnica en las políticas de población en las áreas urbanas, las necesidades de este sector social no pueden ser hechas sin tomar en cuenta en forma primordial las condiciones vitales y de pobreza socioeconómica, así como las limitaciones de organización y de participación sociopolítica, y sin comprender el sentido profundo de los valores culturales con los que llegan a las ciudades. Un diagnóstico de la población indígena rural y urbana que no parta de esto, difícilmente va a poder plantear acciones adecuadas, por muy específico que sea su objetivo, como ser altas las tasas de natalidad o retener la migración del campo a la ciudad, si las opciones no responden a sus necesidades, realidades geográficas, ambientales y culturales.

El proceso de identificación de necesidades de la población, y específicamente de los indígenas, tiene que ir de lo local a lo regional y a lo nacional, para de ahí retroalimentar la formulación de los programas regionales. También se tiene que pasar de un diagnóstico descriptivo a uno interpretativo, en el sentido de entender las conductas culturales, y de ahí a uno explicativo de los hechos.

El conocimiento sobre los indígenas en las ciudades de México es todavía fragmentario, y no se tienen estimaciones apropiadas sobre la población total y relativa, ni tampoco sobre sus condiciones socioeconómicas y modalidades de inserción en la vida urbana, las formas en las que interactúan entre sí y con los demás habitantes de la ciudad y el capital social acumulado. Se conoce menos aún sobre los efectos que produce el proceso de urbanización en la identidad cultural de los indígenas. En términos generales, se puede afirmar que los indígenas que emigran a los centros urbanos encuentran mejores oportunidades de empleo, atención a la salud y educación, por lo que sus condiciones de vida parece que superan a los que permanecieron en el campo, como se puede observar en la tabla 4.

Tabla 4. Beneficios de la vida rural (porcentajes)

Pregunta de la encuesta: ¿en términos de... dónde cree que se vive mejor?							
	<i>Rural</i>	<i>Ciudad</i>	<i>Ambas</i>	<i>Ninguna</i>	<i>Depende</i>	<i>NS</i>	<i>NC</i>
...educación	11	78	10	0.3	1.0	0.6	0.0
...empleo	20	69	7	0.5	3.0	2.0	0.0
...vivienda	23	66	8	0.8	2.0	0.7	0.3
...salud	28	62	7	0.6	1.0	1.0	0.2
...justicia	22	50	13	10.0	2.0	3.0	0.3
...seguridad	58	30	7	3.0	1.0	1.0	0.2
...ambiente natural	81	15	2	0.3	0.7	1.0	0.5

FUENTE: Encuesta de Opinión, Flores, *et al.* (n= 1051 respuestas).

NOTAS: NS= no sabe.

NC= no contestó.

Hasta mediados del siglo XX, la presencia de población indígena en las áreas rurales predominaba sobre la urbana. Sin embargo, esta tendencia empezó a revertirse paulatinamente, y más aceleradamente en los últimos 20 años, concentrándose en la periferia de las ciudades. A pesar de que se formularon diferentes programas de desarrollo rural, con éxitos parciales, no se ha detenido el proceso de crecimiento urbano desmedido y desordenado, ni mejorado las condiciones de vida ni las productivas en el medio rural. Esta situación, que no ha podido ser revertida eficazmente hasta la fecha, conlleva al incremento constante de asentamientos precarios, carentes de servicios e infraestructura en general, acompañados de altos índices de violencia, delincuencia y por la aparición de nuevos patrones culturales urbanos, como el pandillerismo juvenil. A pesar de que no se cuenta con datos cuantitativos y cualitativos confiables, no hay duda de que el flujo de indígenas a las ciudades ha promovido también una movilidad social constante, dando pie a la creación de redes sociales y mecanismos de adaptación diversos, poco o nada conocidos, específicamente en lo que concierne a la población indígena inmigrante.

Los actuales medios de registros oficiales, como los censos de población y otros instrumentos, todavía omiten en la mayoría de los casos el reconocimiento específico de la población indígena inmigrante, su origen geográfico y, especialmente, su etnicidad. Por su parte, las instituciones de gobierno encargadas de relacionarse con los sectores indígenas aun no han logrado acercarse e instrumentar acciones específicas para atender a este sector, no obstante la fuerte presencia en algunas de las ciudades que en algunos casos proviene desde antes de la conquista española.

Tradicionalmente, los indígenas, desde 1940, se trasladaban hacia las plantaciones de café, caña de azúcar o regiones de la agricultura de exportación. La búsqueda de ingresos complementarios para la reproducción de la unidad familiar ha sido siempre una estrategia complementaria a las actividades agrícolas. Sin embargo, en los últimos años, la presencia de los indígenas a las ciudades (Monterrey, Cancún, Guadalajara, ciudad de México y Ciudad Juárez, etcétera), va aumentando notablemente, y se ha convertido en la opción para miles de familias que basaban su reproducción biológica, social y cultural en la economía campesina. En su mayoría, buscan radicar en las ciu-

dades y provienen de todos los estados del centro y del sur-sureste del país, donde se concentra la mayor parte de la población indígena.

Actualmente, México cuenta con una población rural del 25%, en Chiapas es del 54%, en Oaxaca el 55% y Guerrero se ubica por debajo del 50%, y los habitantes en esas áreas son los pueblos indígenas. La tasa de crecimiento nacional entre los grupos de edad de 5 a 14 años es de 0.6, mientras en Chiapas es del 2.3%; en cambio, en las regiones indígenas, como en los Altos, es de 3.3% y en las cañadas del 4.9%. En regiones indígenas de Yucatán el 2.3% y entre los tlapanecos de Guerrero es del 4.1%.<sup>3</sup> Lo anterior quiere decir que los pueblos indígenas tienen una historia demográfica diferente al resto de la población, y tenemos que aprender a mirar para ofrecer alternativas, no para imponer modelos, porque estos pueblos si bien han ido cambiando rutinas, ajustándose a nuevas formas de vida, no han modificado sus tradiciones principales ni sus costumbres, pues éstas los mantienen diferenciados del resto de la población y les proporciona una identidad que, todo indica, no tiene trueque.

Creemos que la experiencia vivida por el habitante indígena urbano es cualitativamente distinta a la de otros grupos sociales, debido a las diferencias cultural y lingüística, y a otras situaciones complejas como la pobreza, la discriminación y la interacción social que experimentan en las ciudades. Recordemos que la palabra “indio” tiene una carga histórica negativa desde la época colonial, carga que se ha convertido en un estigma que los indígenas en las ciudades lo llevan en su relación con la sociedad. Consideramos que estos temas deben estudiarse en términos relativos, ya que los distintos contextos en que se encuentran en las ciudades dan lugar a distintas experiencias y varían según la identidad étnica, la generación y el entorno urbano.

Para entender la situación de los indígenas urbanos, consideramos necesario definir el concepto de exclusión social que ofrece una manera de integrar nociones tenuemente conectadas, tales como la pobreza, la privación, la falta de acceso a bienes, servicios y activos, y la precariedad de los derechos sociales y culturales. En los pueblos indígenas, la pobreza tiene una causa estructural de la formación del Estado-Nación en el siglo XX. La pobreza es ausencia de equidad y

<sup>3</sup> Valdés, Luz María, “Los pueblos indígenas y su propio ritmo demográfico”, Reunión sobre Población y Salud, Secretaría de Salud, noviembre de 2002, inédito.

esto tiene que ver con la vigencia de un régimen de exclusión social. Condición étnica y exclusión social también son nociones conectadas; por lo general, el perfil de una persona pobre está relacionada con una persona indígena. La exclusión social y la pobreza son dos conceptos que van de la mano, y ambos son difíciles de medir con precisión. Por una parte, no hay acuerdo respecto a los propósitos para hacerlo ni hay acuerdo sobre las definiciones básicas: tampoco hay coincidencia sobre los indicadores objetivos de esta condición

Los indígenas, con contadas excepciones, representan el escalón más bajo en la sociedad jerarquizada: son los más pobres, los más excluidos de los servicios de salud, la educación, la vivienda y el mercado de trabajo. Sufren y reconocen más discriminación que los no indígenas. No hay duda que las mujeres indígenas sufren una mayor exclusión social, y representan el grupo con menos educación y más alto grado de monolingüismo en idiomas indígenas. En general, son las que tienen menor calificación y trabajan principalmente en el sector informal, y muchas veces se ocupan en trabajos poco remunerados como es el caso de las empleadas domésticas en las ciudades.

## II. LAS ESTRATEGIAS DE VIDA DE LOS INDÍGENAS EN LAS CIUDADES

Las evidencias sociodemográficas muestran que el campo y las ciudades han ingresado a una etapa de interacción y mutua correspondencia. El abandono temporal, estacional o definitivo del campo por el campesino indígena ya no es una novedad; sin embargo, poco se sabe sobre el abandono o fortalecimiento de su identidad étnica y si ésta se mantiene en la segunda y tercera generación y sobre su conducta reproductiva. La dinámica de esta tendencia migratoria plantea un importante proceso de distribución espacial que tiene que ver con aspectos económicos, sociales y culturales. Salen de sus comunidades hombres y mujeres, con o sin la familia, y arriban a las ciudades en busca de un mejor futuro; con sus dioses a cuestas y la memoria de unos cuantos surcos de cultivo. Transitan por las calles, de una a otra, como peregrinos en la economía informal. Viven en las urbes, entretejiendo sus redes e indianizando a las ciudades. Al

mismo tiempo, las ciudades los transforman y, en su lucha por sobrevivir, desarrollan diferentes estrategias de resistencia o adaptación.<sup>4</sup>

Hay suficiente evidencia de que el sector agrario se ha reducido y no sigue el ritmo de crecimiento económico de otros sectores. Sin embargo, la población indígena sigue representada en forma significativa en algunas regiones del campo, lo que sugiere que cada día serán más indígenas, en número y proporción, entre los campesinos, conformando mayorías en algunas regiones. En otras, por el contrario, su presencia disminuye en proporción a la población total. Esto provoca problemas de diferente índole y magnitud, uno de ellos es la creciente migración, debido a que en estas regiones se concentra la pobreza que conlleva riesgos para el desarrollo de nuestro país. En lo económico, reduce el consumo, el ahorro y la inversión, motores del crecimiento. En lo social, merma el capital social humano, así como también las capacidades y oportunidades de esta población para acceder a una mejor calidad de vida. En México, desde 1960, más de la mitad de sus habitantes vivían en ciudades; para el 2000, el porcentaje fue de 74.4%.

La emigración humana generalmente responde tanto a factores de atracción como de expulsión. En el primer caso, las ciudades ofrecen una visión real o imaginaria de una vida mejor, con mayor atención a las necesidades básicas y formas aparentemente infinitas de diversión y entretenimiento. Si la ciudad es un imán, también hay factores que empujan a la gente a salir del campo. Así, en general, algunos estudios documentan que dichos procesos migratorios son motivados por problemas socioeconómicos y de tenencia de la tierra, asociados ambos al incremento poblacional. Pero también existe una clara correlación entre pobreza y minifundio que si bien no es absoluta, es abrumadora: en tanto a los campesinos indígenas no les es posible cubrir las necesidades básicas de la familia rural con los bienes e ingresos de que disponen. Al terminar el siglo XX, las familias rurales indígenas padecían pobreza extrema, insuficiencia para cubrir sus necesidades básicas de nutrición, abrigo y vestido, salud y educación básica, sin hablar de temas como la seguridad social y la jubilación, los es-

<sup>4</sup> Uquillas *et al.*, *Exclusión social y estrategias de vida de los indígenas urbanos en Perú, México y Ecuador*, Quito, Banco Mundial, 2003.

tudios medios y superiores, las mínimas comodidades domésticas, vacaciones o esparcimiento, y acceso a los bienes culturales, ahorro o seguridad.<sup>5</sup>

El proceso familiar migratorio sucede como parte de una estrategia para cubrir estas necesidades, que cada vez son más apremiantes en los hogares rurales indígenas. Anteriormente, la búsqueda de un ingreso adicional para la reproducción de la unidad doméstica lo hacían los hombres adultos, y por temporadas cortas, para luego volver a incorporarse a las labores agrícolas. Sin embargo, la temporalidad de la migración en el siglo XX ha estado convirtiéndose en permanente en los principales centros urbanos del país. Este proceso migratorio implica el desarrollo de estrategias adaptativas en el nuevo medio que, por lo general, suele coexistir con un proceso de aculturación en marcha. Dicho proceso transforma la cultura indígena y la identidad étnica, en la medida que nuevas generaciones nacen y se van adaptando progresivamente en el entorno urbano. Esto implica también una adaptación del estilo de vida y un cambio de orientación del sistema cultural que impacta en los patrones cognoscitivos y simbólicos.

El proceso migratorio tiende a seguir un modelo que se caracteriza por el acceso inicial de una residencia provisoria, vía la compra o apropiación de un terreno en la periferia y la autoconstrucción de la vivienda. Posteriormente, cada familia se constituye en un centro de recepción y ayuda de nuevos inmigrantes, entre los cuales se da preferencia a parientes y compadres. La juventud indígena sale de sus comunidades en búsqueda de educación y mejores condiciones de vida; sin embargo, la situación de los inmigrantes en nada es homogénea, a pesar de la existencia de un patrón de comportamiento y el uso de las redes sociales y familiares para llegar a la ciudad. Los indígenas que migraron entre los 1950 y los 1970, como primera generación, han encontrado en buena medida ocupación formal como obreros, comerciantes e incluso como profesionales, como es el caso de los zapotecos de Minatitlán-Coatzacoalcos. Sin embargo, la mayoría de indígenas se encuentra ubicada en el sector de la economía informal, y son las mujeres y los niños quienes se concentran más en

<sup>5</sup> Warman, Arturo, *El campo mexicano en el siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2001.

este sector. Los que han arribado a las ciudades en los últimos años viven en condiciones sumamente inciertas, en viviendas construidas de cartón, plástico, en edificios abandonados en los centros antiguos de las ciudades, con un acceso limitado a los servicios.

Por otra parte, existe una tendencia a considerar a los indígenas en la ciudad como apéndices de sus comunidades de origen, sobre todo cuando la migración temporal a la ciudad busca la reproducción de la economía campesina. Sin embargo, hay pueblos que han reestructurado su organización a partir de su vida en las ciudades, sobre todo los que han decidido establecerse definitivamente. Por lo general, son grupos que se encuentran en la segunda y tercera generación, y que por lo tanto se consideran como población urbana. Esta situación ha propiciado que se ponga en duda la identidad indígena, lo que ha provocado en ocasiones la violación de sus derechos culturales. Ser indígena y ser habitante de la ciudad les plantea la dicotomía falsa entre ser tradicional o moderno. Ser urbano implica despojarse de todo aquello que lo identifica con lo tradicional, hablar su lengua materna, dejar su vestimenta propia y asumir patrones de comportamiento que le permitan su integración en el trabajo o en la escuela. Históricamente, la modernidad ha buscado esquivar las diferencias culturales en aras de la homogeneización; sin embargo, la persistencia de la diversidad cultural existe. Esta diversidad plantea una serie de cuestiones importantes como los derechos lingüísticos, la representación política y el currículum educativo, entre otros.

Por su parte, las organizaciones indígenas en las ciudades han empezado a producir cambios importantes dentro de los grupos de inmigrantes, son las que mejor difunden los valores socioculturales a través de actividades religiosas, festivas, deportivas y artesanales. Son también en algunos casos, los escenarios donde se toman las decisiones sobre los pueblos de origen: organizan los retornos y destinan importantes remesas monetarias y no monetarias. Las organizaciones también posibilitan un mayor contacto con las instituciones de gobierno y con organizaciones no gubernamentales para mejorar los servicios en sus asentamientos o barrios donde viven. La atención a los inmigrantes indígenas por parte de las instituciones de gobierno plantea un gran reto, el fortalecimiento de su capital cultural y social

a través de sus propias organizaciones, con su participación activa en el diseño de los programas.

### III. CONCLUSIÓN

En un escenario positivo de nuevas oportunidades hacia el campo, se privilegia la participación campesina indígena como uno de los medios para la mitigación de la pobreza rural y para evitar el éxodo de familias hacia las ciudades. Con la reforma constitucional en 2001, que consagra la composición pluricultural de nuestro país, la relación con los pueblos indígenas se encuentra en proceso de renovación con base en el pleno respeto a sus diferencias culturales y el combate a las desigualdades económicas y sociales, que los mantiene todavía lejos de la justicia. Este nuevo pacto entre el Estado y los pueblos indígenas avanza lentamente en la transformación de los servicios e instituciones que los atienden para procurar la igualdad de oportunidades. Existe un consenso básico sobre el imperativo de atender a la pobreza rural donde se concentra hoy en día la población indígena, pero es menos nítido el consenso en lo que se refiere a cómo, cuánto, cuándo y con quien poner en marcha acciones para sostener el desarrollo social y económico del campo, específicamente en las regiones indígenas.

El estudio *Perfiles de los indígenas en las ciudades de México* nos dice que están excluidos del mercado de trabajo y de los servicios públicos como son la educación, la protección, los servicios de salud y otros, aunque no parece ser mayor la exclusión en las ciudades que en las zonas rurales, y en muchos casos, la exclusión en las ciudades es menor que en el campo. Experimentan la discriminación, probablemente más que en el área rural. En cuanto a sus estrategias de vida, una respuesta a la discriminación puede ser la pérdida del idioma y vestimenta, indicadores externos de la identidad, pero también, en algunos casos, se ve una reafirmación y una transformación de la identidad étnica en aquellos que se organizan. Hay que reconocer que son pobres, excluidos y discriminados: pero que también hay excepciones. No por esto han dejado de construir una identidad étnica dinámica e importante en el escenario nacional. Lo interesante sería,

primero, apreciar la diversidad y la oportunidad que esta situación nos presenta para el futuro de la sociedad en la deseamos vivir.

Adoptar políticas públicas a favor de la equidad e interacciones multiculturales, significa pensar en políticas de largo, mediano y corto plazo, que, al tiempo de incluir subsidios focalizados, priorice inversiones en nutrición y educación, particularmente en la población joven.

Revisar el currículo educativo a nivel nacional para todos los grados e introducir un enfoque multicultural para que todos los niños adquieran más conciencia de la sociedad en que viven, y de la ganancia comparativa que las distintas identidades étnicas le aportan a la sociedad, así como en los ambientes rurales y urbanos. Adaptar los servicios de salud y otros a los sistemas culturales indígenas es un reto que las políticas futuras no pueden soslayar, acompañadas de una capacitación y sensibilización a los proveedores de servicios, funcionarios y personal para facilitar el diálogo intercultural, y reconocer la existencia de las poblaciones indígenas urbanas.

#### IV. BIBLIOGRAFÍA

- BONFIL BATALLA, Guillermo, *México Profundo. Reclaiming a Civilization*, trad. de Philip A. Dennis, Austin, University of Texas Press, 1996.
- FLORES, Julia, *Perfiles de los indígenas en las ciudades de México*, Banco Mundial-Fideicomiso Holandés-Fideicomiso Noruego, 1999 (véase en [www.ciesasitsmo.edu.mx](http://www.ciesasitsmo.edu.mx))
- LEÑERO OTERO, Luis, *Estudios sobre el avance de las políticas de población en México (1980-1988)*, México, Instituto Mexicano de Estudios Sociales AC, 1989.
- UQUILLAS, Jorge y CARRASCO, Tania, *Exclusión social y estrategias de vida de los indígenas urbanos en Perú, México y Ecuador*, Quito, M. Rees Editores-Banco Mundial-Fideicomiso Noruego, 2003.
- VALDÉS, Luz María, “Los pueblos indígenas y su propio ritmo demográfico”, Reunión sobre Población y Salud, México, Secretaría de Salud, noviembre de 2002, inédito.

WARMAN, Arturo, *El campo mexicano en el siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2001.

WORSLEY, Peter, *Ethnicity and Nation. The Three Worlds. Culture and World Development*, Chicago, University of Chicago Press, 1984.